

LECCION XLIX.

OBJETO DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR,
EL NUEVO ADAN.

Vida de santidad en el tiempo; vida de gloria en la eternidad. — Conformidad obligatoria con Nuestro Señor Jesucristo. — Jesucristo, modelo de nuestra vida interior. — Su modo de pensar sobre Dios, los hombres y el mundo. — Sus afectos hácia Dios, al hombre y al mundo. — Jesucristo, modelo de nuestra vida exterior. — Modelo de los superiores, — de los inferiores, — de todos los hombres en sus deberes para con Dios, para consigo mismos y para con el prójimo. — Modelo de todas las edades y de todos los estados.

El nuevo Adan, habiendo ya enseñado á sus Apóstoles los secretos de nuestra union con él, les hizo conocer cuáles serian los frutos de esta union, esto es, hacernos vivir de su vida en el tiempo y en la eternidad, llevando aquí bajo una vida santa, y en la eternidad una vida gloriosa ¹. « En la persona de Jesucristo, dice san Agustin, un gran médico descendió del cielo, porque un gran enfermo yacia en la tierra ²; » este enfermo era el linaje humano. El Salvador no se limitó á derramar bálsamo en las llagas; no se contentó con colocar otra vez en el buen camino á aquel extraviado, y decirle *anda*, sino que quiso andar delante de él para enseñarle á dirigir sus pasos, quiso recorrer toda especie de caminos y abordar todos los estados en que el hombre puede hallarse, para santificarlos como habia santificado los elementos, y enseñarnos á santificarlos nosotros mismos, dejando tras sus divinas huellas un surco de gracias que alumbran y aligeran la marcha de aquel que las sigue ³; y últimamente, terminada su carrera, volvióse desde la cruz de cara al hombre, y le llamó diciendo: *¡Sígueme! yo soy la via, la verdad y la vida; el que anda en pos de mí, no anda en tinieblas: te he dado el ejemplo para que hagas como yo.* Habiendo ya ascendido al cielo, glorioso y triunfante, de lo alto de su trono eterno sigue gritando al hombre, tendiéndole los brazos y mostrándole su corona: *Sigue mis pasos, y vendrás á ese lugar en que me hallo ⁴.*

¹ Véase lo que dijimos en las lecciones IX y X de esta parte II del Catecismo.

² Magnus de celo descendit medicus, quia magnus in terra jacebat ægrotus. (Serm. LIX de Verb. Dom.)

³ Lucerna pedibus meis verbum tuum (Psalm. CXVIII)

⁴ Philip. III, 21

Modelo del hombre durante la vida, continúa el Señor siéndolo durante la eternidad: si nos hacemos semejantes á él por la imitacion de sus ejemplos, semejantes le serémos en la participacion de su dicha y gloria ¹, y si seguimos el camino que él siguió, llegaremos al propio término. Ea, pues, aprendamos á conocer á este obligado modelo de todas las edades, de todas las condiciones y de todos los estados, porque Nuestro Señor es *el Hombre!* y conforme llevamos la imágen del hombre terreno, preciso es que llevemos tambien la imágen del hombre celeste; en la inteligencia de que el cielo estará cerrado para el que no fuere una copia puntual del nuevo Adan ².

Un cristiano es otro Jesucristo; tal es la sublime definicion que de nosotros mismos hacen los santos Padres ³; luego precisa poder decir con san Pablo: *Vivo, ya no yo; mas vive Cristo en mí, el cual piensa, y desea, y obra en mí ⁴.* luego urge regular nuestro interior por el nuevo Adan de una manera ilimitada, conviniendo que Jesucristo se reproduzca en cada uno de nosotros. Si, conviene esto de todos modos; por ello vino al mundo, por ello nos alimentó de sí mismo, por ello envió sus Apóstoles y estableció su Iglesia, madre tiernísima que mediante los infinitos cuidados que nos prodiga desde la cuna al sepulcro está diciendo: *Hijitos míos, por vosotros sufro los dolores del alumbramiento, hasta que Jesucristo se haya formado en vuestro interior ⁵,* hasta que hayais logrado semejarle tan perfectamente, que al contemplaros desde el cielo el eterno Padre, pueda decir: *¡Hé aquí mi hijo querido! Ahora bien; esta semejanza primeramente debe ser interna.*

¹o. Por nuestras ideas. Nuestras ideas estarán conformes con las de Jesucristo, siempre y cuando opinemos como él opinaba de todas las cosas, de Dios, de nosotros mismos, de las criaturas, del tiempo y de la eternidad. En primer lugar, ¿qué pensaba de Dios el nuevo Adan? Respondan por nosotros sus ejemplos y palabras: pensaba que es el Ser por excelencia, infinitamente sabio, bueno, poderoso, santo, justo, compasivo, el solo digno de las adoraciones, rendimiento y atencion de los hombres. Para enseñarnos esto rebajóse ante Dios hasta aniquilarse tomando la forma de esclavo, consumóse para darle á conocer, y finalmente murió en una cruz para restaurar su gloria ultrajada por el pecado. Ahora bien, conforme Dios lo fué todo para Jesucristo, igualmente debe serlo todo para nosotros: hé aquí lo que el nuevo Adan pensó de Dios durante su vida mortal; ¿lo pensamos nosotros?

Recelando que los hombres olvidasen sus lecciones ó no las creye-

¹ Rom. VIII, 17.

² I Cor. XV, 49.

³ Christianus alter Christus.

⁴ Galat. II, 20.

⁵ Id. IV, 49.

sen equivocadamente contraidas á ciertos tiempos ó lugares, se estableció en la Eucaristía : morador de las ciudades y de los campos, habitante de todos los países, allí, desde su tabernáculo, repite y repetirá hasta el fin de los tiempos, á las generaciones que vayan sucediéndose sobre la tierra, las mismas lecciones que dió en la Judea, ofreciendo los mismos ejemplos que entonces ofreció. Interrogadle en la Eucaristía cómo piensa de Dios, y en su profundo abatimiento y en su perenne estado de víctima os responderá que Dios lo es todo, y que todo debe aniquilarse delante de Dios; os dirá : *Ama al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas*; hé aquí el primero y principal de los mandamientos. Para esto os da el ejemplo inmolándose por su Padre sin cesar, lo mismo sobre nuestros altares que sobre el árbol de la cruz.

¿Qué piensa el nuevo Adán del hombre? El hombre es para el nuevo Adán la mas excelente de las criaturas visibles de Dios, y la mas digna de sus desvelos : por él vino á este mundo, vivió en la pobreza y murió entre tormentos, preciando mas nuestra alma que su sangre, puesto no vaciló en derramarla toda por nuestra salud. Hé aquí lo que pensó del hombre durante su vida mortal, y lo que sigue pensando de él en la Eucaristía : preguntadle de dónde nace tanta bondad, tanta paciencia en esos miles de altares en que su amor le retiene cautivo, á pesar de los ultrajes é irreverencias que no se le cesan de asestar durante diez y ocho siglos, y os responderá : Porque una sola cosa es para mí necesaria, á saber, la salvacion del hombre. Eso es lo que nosotros mismos deberíamos pensar; sin embargo, ¿lo pensamos?

¿Qué opina el nuevo Adán de las criaturas? Opina que son un medio para elevarnos á Dios, guardándonos empero de fijar en ellas nuestro corazón, y mira con sumo desprecio los honores, los placeres y las riquezas : su cuna en un pesebre, su vida pobre y su muerte en completa desnudez, son la prueba de este gran desprecio suyo. Él ha dicho : Bienaventurados los pobres; ¡ay de vosotros los ricos! bienaventurados los que padecen y lloran; ¡ay de vosotros los que reís y os alegráis! ¡bienaventurados los humildes! aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; ¡ay de los orgullosos, porque Dios les contraresta, concediendo su gracia á los humildes! Iguales anatemas contra los honores, las riquezas y los placeres sigue lanzando desde el fondo de su tabernáculo : en su estado de pobreza, de humildad y de víctima, todavía nos dice : ¡Ay de los ricos, ay de los orgullosos, ay de los felices del siglo! ¡grabada tienen la imagen del hombre terreno, del viejo y culpable Adán! ¡Felices los pobres, los humildes y los que padecen, en quienes se ve impresa la imagen del hombre nuevo, del Adán segundo y santo!

¿Qué piensa el nuevo Adán del pecado? Piensa que es el mal mas

tremendo, el único mal del universo. Sudor de sangre, morta agonía, salivas infames, corona de espinas, caña de ignominia, vestidura de risoria, flagelacion sangrienta, clavos, cruz, hiel y muerte, todo esto padeció para expiarlo. ¡Id, malditos, al fuego eterno! tal es el castigo de los que lo cometen. Conforme pensaba de él en su vida mortal, sigue pensando en la Eucaristía, en la cual se ofrece, para expiarlo, á todos los horrores de su Pasion; pues allí se halla en perenne estado de víctima; y todos los dias, así desde su altar como desde su tribunal, grita al pecador que muere impenitente : ¡Vé, maldito, al fuego eterno!

2º. No basta que nuestras ideas se adapten á las del nuevo Adán; es preciso que nuestras afecciones se regulen por las suyas. Dos cosas tuvo el Señor, que deslindó en estas palabras : *Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, de todo tu corazón y con todas tus fuerzas : tal es el primero y mayor de los mandamientos. Hé aquí el segundo que es semejante al primero : amarás al prójimo como á ti mismo por amor de Dios*. Sus ejemplos fueron la traduccion literal y la aplicacion de estas palabras. Á Dios su Padre le amó haciéndose obediente, y obediente hasta la muerte de cruz. *Yo siempre hago*, decia, *lo que gusta á mi Padre : todo es comun entre Él y Yo; los dos no hacemos sino una cosa*; y su vida fué solo un largo acto de amor hácia su Padre. Esto que predicaba y lo hacia durante su vida mortal, sigue predicándolo y haciéndolo en la Eucaristía : allí continúa en ser obediente por amor á su Padre, hasta renovar cada dia el sacrificio de la cruz; allí continúa en hacer lo que gusta á su Padre morando en los sitios mas apartados, en todas las iglesias por dismanteladas que sean, en todos los tabernáculos por miserables que parezcan, donde á su Padre le place hacerle residir.

Amó á los hombres. La prueba del amor es hacer grandes sacrificios por el objeto amado : y ¿qué sacrificio no ha hecho el nuevo Adán? De rico se hizo pobre; de poderoso se hizo parvulillo; tornóse hombre como nosotros, cargado de todas nuestras miserias, y finalmente dió por nosotros su vida. No hay dictado amoroso que él no tomase : alternativamente padre, hermano, amigo, esposo, siervo, amado, pastor, todo esto se llamó, y todo esto acreditó ser. Á los hombres amó universalmente, pero en especial á los pobres, á los pequeños, á los enfermos, á los pecadores, á sus amigos y enemigos; y desde lo alto de la misma cruz imploraba el perdon de sus verdugos. Así amaba el nuevo Adán durante su vida mortal; en la Eucaristía, hé aquí cómo ama.

¡Cuántos sacrificios no hace en ella para mostrarnos su amor! Al objeto de permanecer siempre con nosotros, se ha encerrado voluntariamente en su Sacramento : allí está dia y noche, derramando gracias sus manos, su corazón rebosando amor, é invitando al hombre

por medio de estas afectuosas palabras: Venid á mí todos los que estais afligidos y cargados, y yo os aliviare. Jamás hubo madre que alimentase á su hijo con su carne; sin embargo el nuevo Adán, mas tierno que la mas tierna de las madres, lo hace con nosotros cuantas veces queremos: á todos los hombres ama, aun á aquellos que le olvidan, aun á aquellos que le ofenden, aun á aquellos que en su mismo templo van á insultarle. Desde el fondo de su santuario podria fulminar el rayo, pero permanece quieto: vela su divinidad, vela su humanidad, para dejar solo en descubierto las entrañas de su caridad: inmenso, desinteresado, universal, su amor jamás se cansa, nunca se da por ofendido. Hé aquí cómo ama en la Eucaristía; hé aquí cómo amó durante su vida mortal; hijos del nuevo Adán, hé aquí cómo debéis amar; ¿lo haceis así?

Este amor del nuevo Adán para con Dios y para con los hombres regula el que nosotros debemos tener á las criaturas. Nuestro Señor se dignó hacer uso de él solo para emplearlo á mayor gloria de Dios Padre y al bien de los hombres sus hermanos: 1º. sirvióse de todo el universo á fin de ofrecérselo á su Padre y devolverle cuanto de él habia recibido; santificó la tierra morando en ella y regándola con sus lágrimas y su sangre; las criaturas que contribuyeron á su Pasión, las hizo servir como de instrumento para dejar satisfecha la divina justicia, y las que el eterno Padre puso en sus manos le sirvieron para dar á conocer que era Dios al igual de su Padre, disipando así las tinieblas del paganismo y destronando al demonio que se hacia adorar en lugar de Dios. Hace asomar una estrella en el Oriente al objeto de que anuncie su venida; bajo sus plantas solidifica el mar; su voz manda á los vientos y á las tempestades; con solo querer convierte el agua en vino; un poco de lodo le basta para dar vista á un ciego; con algunos granos de trigo y cinco pececillos alimenta milagrosamente á cinco mil personas; en la hora de su muerte ordena al sol que se oscurezca y á los elementos que se conmuevan para manifestar su divinidad.

2º. El nuevo Adán se sirvió tambien del universo para aleccionar á los hombres. Casi todos los objetos criados le prestaron comparaciones á fin de instruirnos en las verdades mas necesarias y elevadas: ora la semilla confiada á la tierra significa el abuso de la palabra de Dios; ora la imágen del grano y la paja en la era enseña como los buenos y los malos están mezclados en la Iglesia; por medio de las aves del cielo, de las bestias del campo y del lirio de los valles se nos evidencia su providencia; los tesoros y las piedras preciosas simbolizan el ahinco con que hemos de buscar la virtud, verdadero tesoro del Evangelio; el campo y la vid nos hacen conocer su Iglesia y adherirnos á ella como el sarmiento á la cepa; las serpientes y palomas indican las virtudes que debemos practicar en el trato del mundo,

esto es, la prudencia y la sencillez: en el ejemplo de la Samaritana, el agua sirve á Nuestro Señor de comparacion para explicar los efectos maravillosos de la gracia.

3º. Finalmente el nuevo Adán no se sirvió para sí mismo de las criaturas, sino en cuanto eran estrictamente indispensables á sus necesidades: nació en un establo, recostado en un pesebre, sobre algunas pajas, envuelto en pobres pañales; durante su vida se mantuvo de limosnas ó del trabajo de sus manos; nunca poseyó cosa alguna, pues dice: Las raposas tienen madrigueras, las aves del cielo nidos, mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Así es como el nuevo Adán nos enseñó durante su vida mortal á usar de las criaturas; así es como condena el abuso que nosotros hacemos de ellas; y lo que entonces predicaba sigue predicándolo en la Eucaristía. Convirtiendo el pan y el vino en su cuerpo y sangre, consagró todo el universo á la gloria y salud de los hombres, pues todas las criaturas, el cielo y la tierra, el sol y los astros, el agua, el fuego, la lluvia, las cuatro estaciones, el aire, el frio, el calor, los elementos, todo concurre á producir un pedazo de pan y unas gotas de vino, y este pan y este vino, transustanciados, los hace servir para la salud de los hombres y para la gloria de su Padre.

Véase de qué manera el nuevo Adán es el modelo de nuestras ideas y afecciones, y por consiguiente de nuestra vida interior; y adviértase que es modelo obligatorio, pues no hay salvacion para nosotros si nuestros afectos é ideas no se identifican con los suyos.

Tampoco basta que en los afectos é ideas estemos conformes con Nuestro Señor; es preciso además que nuestros actos se acomoden á sus actos. Pasemos, pues, á considerarle como modelo universal de nuestra conducta, cualesquiera que sean nuestra edad y posicion. Todos los hombres se dividen en dos grandes categorías: unos que mandan, y otros que obedecen.

4º. Nuestro Señor es el modelo de los superiores en general, es decir, de todos aquellos á quienes elevó sobre los demás, haciéndoles depositarios de una parte de su autoridad, y vienen á ser unos lugartenientes suyos para el bien. Él fué el principal de los superiores, y su vida se resume en tres palabras: *Pasó haciendo bien*. Esta vida la continúa en el adorable Sacramento del altar, pudiendo decirse de él ahora lo mismo que antes: *Pasa haciendo bien*. Esto es lo que importa poder decir de cada superior y grabarlo en su sepulcro: *Pasó haciendo bien*. Solo para hacer bien á los hombres les confirió Dios su autoridad; y ¿cuál es el bien del hombre? su fin; y ¿cuál su fin? su salud y la posesion de Dios. Los superiores, pues, al objeto de pasar haciendo bien, deben mirar como la primera y mas sagrada de sus obligaciones la salud de sus subordinados: ¿sucede así?

2º. Nuestro Señor es el modelo de los inferiores en general, y su vida se compendia en dos palabras: *Les estaba sujeto* (á José y á María). Obediencia plena, entera, simple y con la constante mira de Dios, tal es el deber de los inferiores. *Les estaba sujeto*: hé aquí lo que conviene poder decir de todo inferior, y grabarlo en su sepulcro. Este ejemplo de absoluta sumision sigue el Salvador dándolo en la sagrada Eucaristía: sujétase al Padre con igual docilidad que á José y á María; el sacerdote le llama del cielo, y descende; le dice que permanezca en el tabernáculo, y permanece; que visite á los enfermos, y los visita; que se entregue á los fieles, y se entrega.

Tambien es el modelo de todos los hombres, 1º. en sus deberes para con Dios. ¿Quién mas religioso que él? ¿Dónde su Padre encontró nunca mas perfecto adorador? Amóle y adoróle en espíritu y en verdad; echó con indignacion á los profanadores de su templo, y su vida religiosa se compendia en esta breve frase: *Fué una cosa con su Padre; procuró siempre su gloria, y le fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*. Hé aquí lo que importa poder decir de cada cual de nosotros en nuestra última hora, y grabar en nuestro sepulcro: Amó á Dios, procuró su gloria, y le estuvo sujeto hasta la muerte; pudiéndose añadir, y se halló siempre aparejado á verter su sangre por él, en caso necesario. Este ejemplo de religiosidad no cesa el Salvador de darlo en la sagrada Eucaristía: adorador de su Padre, pregonero de su gloria, víctima de la obediencia, modelo de caridad, allí continúa la vida de religion que empezó en la Judea.

2º. En sus deberes recíprocos. Tambien su vida se resume en estas palabras: *Amó á los hombres, les hizo mucho bien, y vertió por ellos su sangre*. Amar, perdonar y sufrir, hé aquí lo que conviene poder decir de nosotros y grabarlo en nuestro sepulcro: admirable ejemplo que el Salvador continúa ofreciendo en la Eucaristía, pues en ella ama siempre á los hombres con un amor sublimado hasta el exceso, hasta la pasion, hasta el frenesí, segun expresa san Agustin: en ella perdona siempre y clama misericordia; en ella sufre sin cesar y sin quejarse.

3º. En sus deberes para consigo mismos. La humildad opuesta al orgullo, la castidad al amor de los deleites, la pobreza al amor de las riquezas, tales fueron las virtudes que resplandecieron en la persona del nuevo Adán; tales son las que deben resplandecer en nosotros. Combatir nuestro orgullo, nuestro amor á los placeres y á las riquezas, hé aquí el deber sagrado que cada cual ha de llenar para consigo; y estos ejemplos de humildad, de pureza y de pobreza, el Salvador sigue ofreciéndolos en el Sacramento del altar. Si se abatíó en el misterio de la Encarnacion, ¿no debemos acaso confesar que en la Eucaristía dilata mucho mas la humildad de su encarnacion, encogiéndose y encerrándose todo entero en la mas mínima partícula de

una hostia consagrada, achicándose y aniquilándose muchísimo mas en nuestros altares que en el pesebre? Sí, razon tuvieron los santos Padres en llamar este divino misterio extension de la encarnacion, esto es, encarnacion reiterada con elevacion mas alta y extension mas dilatada que la primera: tal es la perfeccion y el colmo de la humildad del nuevo Adán.

Puro y virgen fué el que por madre quiso tener á la mas pura de las vírgenes; por padre putativo á un varon virgen; por discípulo predilecto á un jóven virgen; que si permitió á sus enemigos apellidarle blasfemo y sedicioso, poner en él sus manos homicidas y crucificarle á guisa de malhechor, no les consintió jamás una palabra, una duda, la sombra de un recelo tocante á su pureza infinita: admirable castidad que hace resplandecer á nuestra vista con toda su brillantez desde el fondo de su santuario, queriendo solo sacerdotes vírgenes, exigiendo que cuanto le rodea revele la pureza de los Ángeles. Con todos sus sentidos se contiene en el Sacramento, pero no hace uso de ellos, y nada hay en él que no sea divino: mas aun, allí está como principio de toda castidad, pues bebiendo su sangre adorable purificamos la nuestra, y la virginidad germina en nuestras almas.

En la Eucaristía el Salvador es asimismo un modelo de la mas perfecta pobreza. Sí, allí es verdaderamente el Dios pobre; pues aunque lo fué en el pesebre y en la cruz, ¿no lo es mas en la Eucaristía? ¿No es acaso un estado el mas pobre y miserable, el vivir de prestado, dependiendo de otro, en humilde alojamiento, ligeramente cubierto, mal recibido, peor tratado, privado de las insignias soberanas que le corresponden? En el pesebre una estrella milagrosa anuncia su gloria y su nacimiento; en el Calvario los astros y los elementos confundidos proclaman su divinidad; pero en la Eucaristía todo enmudece; allí está en el mas hondo abatimiento, y siendo Rey, tiene que esconder su cetro y su corona: tal es la vida del Señor en el santísimo Sacramento. Mientras conversaba entre los hombres no tenia retiro fijo ni lugar donde reclinar su cabeza; en la Eucaristía no tiene sino casas prestadas, y solo se alberga donde nosotros queremos. ¡Cuántos son los altares desaliñados, cuántas las iglesias desguarnecidas, cuántos los lugares abyectos y miserables que repugnarían á nuestra delicadeza, en los cuales sin embargo él reposa, predica y pregona altamente su pobreza!...

Nuestro Señor es el modelo cumplido de las edades; porque recorrió toda la escala de la vida humana, dejando á cada edad ejemplos que imitar.

Fué infante, y aun no puede hacer uso de sus piés cuando ya se presenta en el templo de Jerusalem á ofrecerse á su Padre. Su vida durante esta edad primera se compendia en estas palabras: *En la cacerera de mi libro se halla escrito: hème aqui que vengo, Señor y Padre*